


APORTES A LA DISCUSIÓN SOBRE LO NUEVO Y LO VIEJO DE LA ACCIÓN COLECTIVA EN AMÉRICA LATINA

Marisabel García*

4

A black and white photograph showing a person from behind, wearing a dark hoodie and a backpack, standing on a sidewalk. They are looking at a light-colored wall covered in graffiti. The most prominent graffiti reads "Coalición Popular ol" in a large, hand-painted font. The wall has some texture and other faint markings. The ground is a flat, light-colored surface.

Fotografía: Luis Herrera R.

Resumen: Diversos debates se han planteado en torno a las características actuales de los movimientos sociales. Tras la caída de la URSS, la discusión acerca de las ideas clásicas del marxismo y la aplicabilidad de los preceptos de cambio social basados en la lucha de clases se ha hecho evidente en una multiplicidad de posturas. Esta situación ha dado pie para nombrar como “nuevos” a proyectos emergentes centrados en reivindicaciones identitarias, de género y cercanas a las temáticas culturales en general. Sin embargo, queda pendiente el cuestionamiento de hasta dónde lo nuevo articula a los actores sociales en una propuesta de cambio histórico, o hasta qué punto los desmoviliza, enmarcándolos en luchas coyunturales o limitadas hacia un sector específico.

Palabras clave: Izquierda latinoamericana, acción colectiva, movimientos sociales, clases sociales, identidad, lugares del ejercicio de dominación.

Es evidente que el cambio ocurrido en el orden político de diversos países latinoamericanos ha puesto sobre la mesa un nuevo escenario, impensable algunas décadas atrás. Posturas de izquierda se han visibilizado en el marco de la contienda electoral y han ganado terreno dentro del esquema de la democracia representativa. Sin embargo, dichos cambios hacia gobiernos de izquierda no siempre han sido consecuencia de un proceso revolucionario, como el expuesto desde la idea tradicional del marxismo, que demandaba, necesariamente, un cambio radical de las estructuras de dominación históricas, con miras a la construcción del socialismo.

Sería erróneo buscar generalizar los diversos procesos existentes hoy en la región, pues cada uno da razón de un contexto político, económico, social y cultural específico, y, en esa medida, merecen un análisis profundo y extenso, para desvelar las dinámicas e implicaciones políticas tanto a nivel nacional como regional. Por tal razón, este documento pretende abordar una discusión puntual en torno a la forma en que la acción colectiva se ha configurado, entre la categorización de lo nuevo y lo viejo, en la perspectiva de plantear algunos elementos que alimenten el debate sobre los movimientos sociales en América Latina.

La acción colectiva: ¿desde dónde?

Desde teorías como la de la conducta colectiva,² que tuvo lugar durante la década de los sesenta del siglo anterior, los sujetos que constituían el movimiento social, fueron concebidos como agentes desviados, que actuaban de manera individual y a causa de una crisis propia de los cambios históricos estructurales. Lo institucional, medio único para la solución de los conflictos de intereses, fue el espacio más propicio para restablecer el orden en el sistema social (lugar en donde primaban los valores compartidos), de forma tal, que los movimientos sociales se catalogaron como intentos anormales o disfuncionales de adaptación.

Posteriormente, la teoría de movilización de recursos³ enfocó el análisis hacia la racionalidad que tienen los actores movilizados, en una lógica de medios y fines, para comprender sus recursos como utilizables y como medios intercambiables bajo sopesamiento de costo-beneficio. Este enfoque, aunque entra a refutar las bases de la teoría de las conductas colectivas, partiendo de las relaciones conflictivas presentes en la sociedad, sigue manteniendo la idea de acciones colectivas realizadas por sujetos excluidos del sistema político, los cuales siempre pretenden incorporarse a éste. El enfoque no deja abierta la posibilidad de replantearse la idea misma de representación fuera del esquema de democracia representativa.

Cuestionamientos profundos sobre ¿qué impulsa a los individuos a movilizarse colectivamente?, ¿qué garantiza que sus instancias de organización tengan continuidad? y ¿cómo se movilizan para lograr los objetivos de su lucha?, posibilitaron una progresiva conceptualización de la acción colectiva configurada en el movimiento social, bajo la que se elimina la idea ontológica de marginalidad o la de instrumento par a satisfacer intereses individuales que conllevarían a una integración al sistema político existente. Así, una postura importante a rescatar como producto de este proceso analítico, es desde dónde el movimiento social se analiza como un conjunto de “acciones colectivas organizadas y normativamente dirigidas en virtud de las cuales, actores de clase, luchan por la dirección de la historicidad o por el control del sistema de acción histórico”.³

5

Tres elementos de tensión entre lo nuevo y lo viejo

1

Como primer elemento, vale la pena puntualizar que la nueva lectura de la acción colectiva tiene como referente la condición postsocialista⁴ de la izquierda, en donde se hace presente una multiplicidad de espacios de lucha política que son producto de nuevas formas de subordinación dadas bajo el capitalismo actual; es decir, que los marcos para la acción colectiva se leen a partir de formas específicas de dominación a las cuales está sujeto el actor movilizado. A este respecto, David Slater afirma que “la creación de una lucha democrática no es solamente la articulación de las luchas de diferentes grupos de subordinados, sino es también la lucha por la democratización de las múltiples posiciones del sujeto, de cada agente social que participa en la lucha”.⁵

Buscando dar luces al posicionamiento novedoso de esta conceptualización, Roselli Salete aporta dos elementos: por un lado, asevera que hay una “transferencia del foco principal de la acción política”,⁶ en donde se asume un tránsito entre la conquista del poder formal o estatal y la búsqueda de mejores condiciones de vida, en medio de transformaciones en lo cotidiano; en segundo lugar, ve cómo la creación y vivencia de formas de organización y movilización diferentes a las tradicionales van configurando una nueva “cultura política de base” (Caldart, s.f.: 264) en la que se van gestando, a menor escala, valores sociales de carácter colectivo que se oponen a los principios individualistas propios de la política hegemónica.

Asumiendo que estas nuevas posiciones de subordinación hacen parte del contexto actual en el que se encuentran los sujetos dominados, es necesario preguntarse cómo se podría articular una lucha de este tipo a una

de carácter estructural que logre vincular las reivindicaciones centradas en la posición múltiple de ese sujeto, con las que se establecen a partir de la idea de cambio del sistema social en sí; este es, entonces, uno de los grandes retos, pues, de forma contraria, si las estructuras de movilización de los movimientos se vuelcan hacia reivindicaciones concretas, que parten exclusivamente de la particularidad de lugares de dominación a las que está expuesto el sujeto, se puede perder de vista el objetivo de lograr una transformación más amplia que implique el cambio del sistema de dominación en su conjunto.

2

6

El segundo tema a tratar frente a la novedad de la acción colectiva toma como referencia la postura teórica de Ernesto Laclau, quien hace diversas rupturas con la conceptualización tradicional de los movimientos de izquierda. El autor coloca como eje transversal de la discusión la determinación de la identidad de los agentes sociales. Y, buscando articular los distintos lugares desde los que se reconoce el actor colectivo movilizado, hace una crítica a la priorización del ámbito estructural ligado a lo político y económico, planteada por los clásicos, y defiende que:

las posiciones del sujeto no pueden ser fijadas a una categoría social preestablecida o unilateralmente deducida en una sola situación de las relaciones de producción [...] de manera tal que la identidad de los agentes sociales ya no puede establecerse en un solo nivel de la sociedad, el modelo de representación de intereses pierde su viabilidad y la política se convierte en una dimensión más que en un nivel.⁷

Desde este marco se empieza a hablar de la construcción de nuevas prácticas y nuevas identidades, en la que el problema por resolver desde la izquierda es cómo, a partir de reivindicaciones concretas de los distintos sectores sociales, se forman unidades con una posición particular frente a las luchas, dejando atrás el hecho de que existía un sector social ya constituido.

Como ya se ha visto, la pluralidad de actores y de espacios de lucha es consecuencia de formas de dominación específicas que cuestionan el campo analítico de la acción colectiva, en términos de las múltiples posiciones del sujeto. Sin embargo, sería aventurado limitarse a una concepción que priorice lo identitario, en tanto que esto implica necesariamente plantear que las contradicciones de clase que posibilitaron el surgimiento de movimientos sociales, como el obrero y el campesino, son anacrónicas o inexistentes en el presente. Así mismo, vale la pena preguntarse si realmente han cambiado las condiciones materiales de existencia de los movilizados, de forma tal que es sea necesario hablar de movimientos sociales que llegaron a su final.

3

Una discusión sobre los movimientos sociales contemporáneos en América Latina debe incluir la necesidad de generar un proyecto político de cambio con un carácter regional que posibilite una identificación entre los distintos sujetos de transformación social, así como la inclusión de las diversas demandas surgidas en el marco de los distintos lugares de subordinación; pero, al mismo tiempo, debe mantener como objetivo de lucha la transformación de las relaciones históricas de poder, basadas en la propiedad monopólica de los medios de producción y la relación de dominación que allí tiene lugar.

El último tema de discusión se centra en el concepto de clase social y su vigencia o no en un análisis actual. Como ya se ha planteado, autores como Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (Laclau, s.f.: 44-45) dan paso a la idea de un sujeto social comprendido desde sus distintas posiciones frente a la democracia, donde la clase social constituiría solo una de las posiciones. Estos autores reevalúan, entonces, al sujeto universal con un destino universal, a las relaciones de producción como base de las relaciones sociales y a la lucha de clases como único factor del cambio, las cuales han sido conceptualizaciones básicas establecidas desde una concepción materialista de la historia.

De esta manera, partiendo de la heterogeneidad de posiciones del sujeto movilizado, buscan demostrar que las acciones llevadas a cabo por éste, no son necesariamente gracias a su pertenencia a una clase concreta; es decir, que no dependen o son articuladas exclusivamente por su posición de clase, sino que desde los distintos lugares que se presenta el ejercicio de subordinación y dominación, el sujeto construye las bases desde donde participa en la lucha y la forma cómo lo hace.

A este respecto, surge una crítica contundente expuesta por Leopoldo Múnera; él afirma que los autores

eluden el análisis de los tradicionales actores de clase y de los diferentes actores y acciones que surgen en el seno de una misma clase. Al enfocar el tema desde la óptica de las posiciones del sujeto omiten el estudio de los actores colectivos constituidos, entre ellos los movimientos sociales; así mismo pierden de vista los ejes que los agentes sociales utilizan para darle unidad a su acción (1994: 71).

Múnera asevera que “es imposible inferir la no centralidad societal de la relación en la que se forman las clases, y por ende, la no-centralidad de la lucha en torno a la existencia misma de ellas” (1998: 73), pues desde la determinación de las posiciones anteriormente expuestas, del sujeto y del sentido de sus acciones, donde se pretende reevaluar la centralidad de la lucha de clases frente a un proceso de cambio social, no se discute la vigencia de

las relaciones de producción en el sistema de relaciones sociales.

Por tal razón, propone que al tener una mirada más compleja del asunto, en la que se rescaten los elementos recientemente analizados, pero que al mismo tiempo se mantenga la mirada sobre los determinantes históricos, se puede comprender que “el conflicto puede presentarse tanto a nivel de modelos societales, como de relaciones concretas que solo atañen a los actores que antagonizan, por consiguiente los movimientos populares pueden definir al adversario tanto en términos de actor como en términos de clase” (1994: 73); cuestionando o poniendo en duda lo entendido como nuevo y viejo de la acción colectiva.

El actor movilizado define a su adversario bajo una relación de oposición y, por medio de su participación en la acción colectiva, viabiliza el empoderamiento del sistema de acción histórico. Así mismo, teniendo muy presente que las luchas anticoloniales del pasado entran en absoluta vigencia en el discurso y accionar actual de los movimientos sociales, pues los lugares de dominación y de lucha se han reproducido históricamente, la situación de explotación de las clases subalternizadas no puede ser leída, exclusivamente, desde las nuevas formas de dominación del capitalismo actual, pues se pueden plantear procesos revolucionarios que terminen en reformas y que, consecuentemente, en lugar de ser un avance constituyan una ilusoria disminución de las contradicciones, reproduciéndolas bajo el camuflaje del capitalismo como modelo imperante hasta hoy día.

Referencias bibliográficas

- Fraser, Nancy, *Iustitia Interrupta: reflexiones críticas desde la posición postsocialista*, Madrid, Siglo del Hombre, 1997.
- Kornhauser, William, *Aspectos políticos de la sociedad de masas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1969.
- Laclau, Ernesto, y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, Siglo XXI, 1987.
- Múnera, Leopoldo, *Rupturas y continuidades. Poder y movimiento popular en Colombia, 1968-1988*, Bogotá, IEPRI-Universidad Nacional de Colombia, 1998.
- Olson, Mancur, *La lógica de la acción colectiva. Bienes públicos y teoría de grupos*, Buenos Aires, Noriega, 1992.
- Salete Caldart, Roselli, *Los movimientos sociales y la formación de una nueva pedagogía*, s.f.
- Slater, David, “Nuevos movimientos sociales y viejas preguntas políticas”, en *Foro*, No. 8, Bogotá, Fundación Foro Nacional por Colombia, p. 7, 1989.
- Smelser, Neil, *Theory of collective behavior*, Londres, The Free Press / Mc Millan, 1963.

Notas

- * Socióloga por la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente es estudiante de la Maestría en Estudios Latinoamericanos, con mención en Estudios Agrarios, de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. Entre sus líneas de interés investigativo están los estudios latinoamericanos, especialmente con referencia a la acción colectiva, actores y movimientos sociales. / Contacto: <malpen22@hotmail.com>.
- 1 Los autores más reconocidos de esta corriente son Neil Smelser y William Kornhauser. Al respecto ver William Kornhauser, *Aspectos políticos de la sociedad de masas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1969; y Neil Smelser, *Theory of collective behavior*, Londres, The Free Press / Mc Millan, 1963.
 - 2 Considerado como el principal expositor de la teoría de elección racional, Mancur Olson afirma que la acción de los sujetos implicados en la acción colectiva está mediada por estrategias de costo-beneficio. En su texto *La lógica de la acción colectiva* plantea el problema del gorrion, respecto al cual señala que los individuos racionales no incurrirán en costes participando en una acción de grupo, cuando puedan recibir beneficios individuales actuando como gorriones; es decir, aprovechándose del trabajo de los demás y pasando inadvertidos a causa de la dificultad de controlar quién trabaja y quién no en el grupo. Mancur Olson, *La lógica de la acción colectiva. Bienes públicos y teoría de grupos*, Buenos Aires, Noriega, 1992.
 - 3 Leopoldo Múnera, *Rupturas y continuidades. Poder y movimiento popular en Colombia 1968-1988*, Bogotá, IEPRI- Universidad Nacional de Colombia, 1998, p. 34.
 - 4 Nancy Fraser conceptualiza esta condición como: “el estado de ánimo escéptico o de un conjunto de sentimientos que marca la situación en la que se encuentra la izquierda después de 1989”, resaltando más adelante que “es la ausencia de un proyecto emancipatorio amplio y creíble, a pesar de la proliferación de frentes de lucha; una escisión generalizada entre las políticas culturales del reconocimiento y las políticas sociales de redistribución, y el alejamiento de las pretensiones de igualdad frente a una agresiva mercantilización y un agudo crecimiento de las desigualdades materiales”. Nancy Fraser, *Iustitia Interrupta: reflexiones críticas desde la posición postsocialista*, Madrid, Siglo del Hombre, 1997, p. 7.
 - 5 David Slater, “Nuevos movimientos sociales y viejas preguntas políticas”, en *Foro*, No. 8, Bogotá, Fundación Foro por Colombia, 1989, p. 7.
 - 6 Roselli Salete Caldart, *Los movimientos sociales y la formación de una nueva pedagogía*, s.f., p. 264.
 - 7 Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista*, Madrid, Siglo XXI, p. 9.